

# La espuma de los días

## De cómo Superman se trasmutó en “Supermán”

José de la Colina

En los finales de los años 40 y hasta más allá de los comienzos de los 50, no sé, pero seguramente en tiempos en que la ciudad de México aún no devenía en Esmógico City y el Popo y el Izta eran visibles desde cualquier azotea, ocurría que por todas partes, en victrolas o sinfonolas y altoparlantes de ferias y fiestas de plaza y barriada, y casi desde una ventana de cada hogar con aparato de radio, se oía una conga o rumba o guaracha o lo que fuese, cuya letra, mediante la simple magia de acentuar la última sílaba de un nombre o sobrenombre, latinoamericanizaba a un personaje mítico:

Si me pongo trusa  
parezco caimán.  
¡Píntame de colores  
pa que parezca “Supermán”,  
pa que parezca “Supermán”!

De modo que el superhombre angloamericano, enfundado en mallas azules y rojas, glorificado con capa roja y una grande S rojiamarilla en el potente pecho, es decir: Superman (sin comillas ni acento gráfico), además de hazañar en periódicos, revistas, pantallas de cine, etcétera, incurcionaba, quién sabe si por primera o única vez, en el gozoso reino guapachoso. Así, Superman se trasmutaba en el sabrosón bailarín “Supermán” (con comillas y acento en la sílaba final), y, pues los mitos tienen vocación transgenérica, no sería raro que un día incurcione en la ópera; pero por lo pronto ya ejercía un poder más: el del baile.

El Superman poco nietzscheano pero muy estadounidense (pues al parecer ningún mapa astronómico registraba al planeta Krypton), fue engendrado por el escritor Jerry Siegel y el dibujante Joe Schuster,



quienes en 1938 lo insertaron en la revista de historietas *Action Comics*, junto a otros héroes espectacularmente forzudos aunque no calificables de sobrehumanos. El nuevo paladín multicolorido ascendió a astro central de la publicación, que fue rebautizada como *Superman's Magazine*, y, ya protagonista del moderno arte del cómic, sobrevoló la mundial geografía propagándose como la Coca-Cola, como las hamburguesas McDonald's, como Hollywood y el *american dream* (aunque estos dos últimos solían ser uno).

Quizá muchos de los que fuimos niños en los años 40 recordamos un episodio en que el hiperatleta de la autoidentificatoria gran S pectoral, tras aniquilar divisiones de infantería, cazar aviones bombarderos y anular tanques, carros de asalto, bombas teledirigidas y las argucias del Eje, atrapaba a Hitler, Mussolini e Hirohito, los ataba como rábanos en ramillete y los lanzaba al vacío, donde giraban como ridículos asteroides. Y así, tras del paso por la radiofonía (cfr. *Radio Days*, de Woody Allen), Superman traspasó al cine, que ávidamente lo esperaba para magnificar-

lo, primero en series de episodios de poquitera producción, con trucos visuales casi no renovados desde Méliès, luego en superproducciones de *all star casting* y con derroche de los llamados efectos especiales procurados por los superpoderes de la computadora.

Confesaré que en mi niñez Superman no ganó mi simpatía (la cual iba hacia Tarzán, Mandrake, Flash Gordon, el Reyecito, los Supersabios y, sobre todo, el Spirit, la obra maestra del género creada por Will Eisner). No me interesaba un dizque superhombre que, propuesto como un diosillo de tercer o cuarto nivel, pero algo divino de cualquier modo, siempre vencía gracias a sus magnos poderes, ¡y así cualquiera puede hazañar de lo lindo! Pero, si he de ser justo, anotaré que para disminuir en algo un omnipoderío que, siendo fácil y previsible, sin duda haría aburridas aquellas aventuras, Schuster y Siegel, padres del muchacho prodigioso, lo traicionaron ideando la kriptonita, materia básica del lugar natal del héroe: el planeta Krypton, el cual, por tener mayor fuerza de gravedad que la Tierra, anulaba los poderes de Superman, sobre todo el de volar.

Si Superman no me caía bien, confieso que, gracias a la música sabrosa oíble por doquier, en cambio “Supermán” queda muy vivo en mi recuerdo y en la parafrástica y aun más incoherente letra que en los años de la muchachez canturreábamos Arturo Pérez Hortigüela y yo:

Si me pongo trusa  
parezco Tarzán.  
¡Gózame, que estás bailando  
con tu padre “Supermán”,  
tu mero padre “Supermán”! **U**